

Intervención de José Manuel Sánchez Ron
en el Pleno extraordinario de la Real Academia Española
en homenaje a Miguel de Cervantes

26 de marzo de 2015

JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *IN MEMORIAM*

“El río humano de innumerables ondas sigue historia adelante, tiempo abajo, hacia quién sabe qué océano final, de acuerdo o no con los discursos, las pancartas revolucionarias o las banderas de museo”. Fue nuestro añorado compañero José Luis Sampedro Sáez, quien escribió estas líneas en una de sus novelas, *El río que nos lleva*.

He querido comenzar esta necrológica con esa cita porque se acomoda perfectamente al Pleno que celebramos hoy. En él hemos escuchado que se ha entrado en la última etapa del protocolo académico para que se vuelva a ocupar el sillón “F”, que con tanta dignidad y durante 22 años perteneció a Sampedro. Constatamos hoy, con dolor, que, en efecto, “el río humano de innumerables ondas sigue historia adelante, tiempo abajo, hacia quién sabe qué océano final”. Pronto tendremos un nuevo compañero, un nuevo académico, al que más tarde o más temprano sucederá otro, en una imprevisible, pero sólida, cadena que se viene prolongando desde que la Real Academia Española comenzó su andadura hace poco más de trescientos años, allá en 1713.

Sé, todos lo sabemos, que existen biografías que se podían cantar desde el nacimiento, existencias previsibles desde la cuna a la tumba. Si pensásemos, de nuevo, en un río, el río de la vida, éste, el de las existencias tranquilas, sería uno de cauce lineal y constante, carente de meandros y desconocedor de avenidas, variaciones de caudal, que, es cierto, pueden ser destructoras, pero también fructíferas, desparramando la semilla del abono del que brotará nueva vida. Pues bien, cuando contemplamos, con esa, desoladora en el fondo, perspectiva que da el paso del tiempo, la biografía de Sampedro, nos encontramos con que si se puede asimilar a un río, éste fue zigzagueante, calmo a veces, bravío otras, un río que se mezcló con otros, y que lo hizo de tal manera que en realidad no podemos distinguir entre madre y afluentes, todos son los uno y lo otro.

José Luis Sampedro nació en Barcelona el 1 de febrero de 1917. “Mi padre”, escribió, “era médico militar y estaba destinado allí en el momento de mi nacimiento. Pero

antes de cumplir yo año y medio fue destinado a Tánger, de manera que, pese a haber nacido en Barcelona, mi escenario natal, el de mi infancia, fue Tánger, donde viví hasta los trece años”. Y añadía: “Tánger en los años veinte era lo que yo llamaría una isla de promisión, un mundo al margen, un mundo excepcional. Era excepcional porque era una ciudad internacional”. Es difícil imaginar una escuela mejor para aprender que todos somos iguales aun siendo diferentes.

Después de Tánger llegó Aranjuez, a donde su padre fue destinado para ejercer de médico del Colegio de Huérfanas del Ejército “María Cristina”. “Yo gocé”, escribió en su novela *Real Sitio*, “del inmenso privilegio de que mi vida en la decisiva edad de la adolescencia, transcurriera en el Real Sitio. Mi paraíso terrenal está situado en esas riberas del Tajo [...] De él fui expulsado por mi edad y por las consecuencias en mi caso de la mal llamada Guerra Civil”.

Antes de que comenzase aquella incivil guerra que nos obstinamos en llamar “civil”, Sampedro empezó, 1933, los estudios en la Academia Oficial de Aduanas en Madrid. ¿Qué raro, pensarán ustedes? ¿Estudiar para funcionario de Aduanas una persona como Sampedro? ¿Tanto cambió con el paso de los años? La respuesta a estas razonables preguntas es fácil. Él mismo las contestó:

“Yo entonces quería estudiar Filosofía y Letras, pero éramos tres hermanos y la situación económica de la familia no daba para tener tres hijos estudiando carrera universitaria en Madrid [...] Yo decidí estudiar Aduanas por razones utilitarias: era una carrera corta que me permitía ganar un buen sueldo para poder estudiar lo que me viniera en gana, sin ser una carga para la familia ni agraviar a mis hermanos, si sólo se me daba carrera a mí”.

En 1935 recibió su primer destino: funcionario de Aduanas en Santander. No dispongo de tiempo hoy para ir deshebrando el hilo de esa madeja que fue la vida de Sampedro, pero por lo que acabo de decir sospecharán que no fue la suya una biografía típica de escritor. Veamos, a la manera del mero apunte, algunos jalones de esa biografía. Movilizado primero por el ejército republicano, después por los nacionales, cuando Santander cayó en sus manos, al término de la guerra continuó como funcionario de Aduanas, ahora en Melilla, que terminó abandonando por un destino en Madrid, circunstancia que le permitió comenzar a estudiar, en 1944, Económicas. En 1947, terminó la carrera con premio extraordinario. El año siguiente fue nombrado profesor encargado de curso de “Estructura e instituciones económicas” en su *alma mater*, y entró en el Servicio de Estudios del Banco Exterior de España. Y en 1955 obtuvo la cátedra

universitaria: catedrático de “Estructura e instituciones económicas” de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

En este punto, para reconstruir adecuadamente la biografía de nuestro compañero debería detenerme en su carrera y obra como economista, mundo en el que alcanzó notoriedad; ahí están, por ejemplo, libros suyos como *Principios prácticos de localización industrial* (1953), *Realidad económica y análisis estructural* (1958) o *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* (1966), que fue traducido a seis idiomas. Pero en una ocasión como la presente, lo obligado es referirse al José Luis Sampedro escritor, al fin y al cabo fue ahí donde se ganó el reconocimiento que hizo de él un hombre no sólo respetado, sino también querido, y no sólo por su obra como escritor, sino también por cómo combinó ésta con un humanismo activo y compasivo.

Ahora bien ¿cuándo comenzó a escribir y cómo compatibilizó su trabajo y estudios económicos con la literatura? De nuevo, dejemos que él mismo nos lo explique:

“Yo he escrito con tesón y perseverancia durante cuarenta años sin ser conocido como escritor. Era conocido como economista, catedrático de Economía, pero, además de ganarme la vida con mi trabajo de economista, me levantaba a las cuatro de la mañana para escribir novelas. Y, pese a escribir y publicar unas cuantas, con buenas críticas y todo, a mí no se me consideró escritor hasta los años ochenta [...] Yo me levantaba a las cuatro de la mañana porque era la hora en que ni yo molestaba a nadie ni a mí me molestaban, la hora en la que no suena el teléfono y, en mi caso, la hora a la que pasan las ideas”

Producto que aquellos desvelos – nunca mejor empleada esta palabra – fueron novelas que permanecieron inéditas hasta muchos años después: *La estatua de Adolfo Espejo*, que completó en 1939, pero que se publicó en 1994; *La sombra de los días* (1947, publicada en 1994), y *La paloma de cartón* (teatro; 1948, publicada en 2007).

Su primera novela publicada fue *Congreso de Estocolmo*, que vio la luz en 1951. Una década tardaría en llegar la segunda, la ya mencionada *El río que nos lleva*; nueve años más (1970), la siguiente, *El caballo desnudo*, once más (1981), *Octubre, Octubre*. A partir de entonces su obra cobra otro ritmo: *La sonrisa etrusca* (1985), *La vieja Sirena* (1990), *Mar al fondo* (1992), *Mientras la tierra gira* (1993), *Real Sitio* (1993), *Fronteras* (1995), *El amante lesbiano* (2000), *Los mongoles en Bagdad* (2003), *La senda del drago* (2006). De todas estas obras podría y debería hablar, pero como no dispongo de mucho tiempo, permítanme referirme únicamente a *La*

sonrisa etrusca, por la que Sampedro sentía un agradecimiento especial. “*La sonrisa etrusca* me ha proporcionado muchas satisfacciones, la mayor de ellas, saber que es una de las preferidas y elegidas por muchos talleres de lectura para la iniciación de adultos en el fascinante mundo de los libros. Recibir cartas de señoras de sesenta años y más, emocionadas con el primer libro en sus vidas, o recibir testimonios de madres que tras varios esfuerzos frustrados, finalmente, gracias a *La sonrisa etrusca* han conseguido que sus hijos lean, es sin duda la mejor recompensa a todos los sacrificios que una actividad tan tirana como la creación (literaria en este caso) impone”.

Monte Sinaí

“Todo estaba dispuesto, aunque nadie lo supiera porque la vida no avisa. A veces se divierte soplando en sus trompetas para nada; otras, en cambio, su corriente reúne a la callada ciertos seres y cosas, y deja que pase lo que tiene que pasar”. Estas frases, tomadas de *El río que nos lleva*, sirven bien para introducir un momento importante en la vida de Sampedro, porque, efectivamente, “la vida no avisa”. Raras son las personas que pueden decir que “nacieron dos veces”. José Luis Sampedro fue una de ellas.

Sucedió en mayo de 1995, mientras estaba en Nueva York. Comenzó a sentirse mal, tenía fiebre, y gracias a la previsión de su médico de cabecera, que a distancia arregló todo, le llevaron al Centro de Cardiología del Hospital Monte Sinaí. Tenía una infección cardiovascular. Al principio, no parecía demasiado grave, pero la noche del 18 al 19, se desató la tormenta. En un librito, tan estremecedor como inolvidable, *Monte Sinaí* (1995), él mismo recordó aquella noche:

“Dormía plácidamente y, de pronto, se desató la violencia. Unos asaltantes me zarandeaban y antes casi de abrir los ojos me descubrí sentado en la cama por fuerza. Protesté iracundo: ‘Estoy bien, déjenme dormir!’, pero fue inútil. Sentí el pinchazo de una inyección, me vi rodeado por cinco personas agitadas, me parecieren sayones, recordé las detenciones de madrugada, ‘¿me sacan de aquí?, ¿qué pasa?’. Nadie explicaba nada [...] Sentí algo pegajoso y frío aplicado contra mi pecho: un cuadrado metálico como una loseta, sujeto por el pegamento habitual [...] Así fue mi noche de Resurrección [...] Huracanada noche de un piloto al timón, capeando la tempestad aguardando los golpes de mar como yo los latigazos de las placas eléctricas, azotándome cada vez que mi corazón bajaba de no sé qué nivel [...] Dormí pesadamente y a la mañana cavilé sobre el suceso. Hubiese muerto sin mis electrodos, pues nada me dolía.

Muerte en paz, como la del esquimal viejo, piadosamente abandonado por los suyos en el banco de hielo cuando ya no cabe salvarle, pues helándose poco a poco se extinguirá sin dolores.”

Miembro de la Real Academia Española

El 4 de enero de 1990, Rafael Lapesa, Gregorio Salvador y Antonio Buero Vallejo firmaban y presentaban en la Secretaría de la Real Academia Española un escrito en el que manifestaban que tenían “el honor de proponer al ilustre escritor don José Luis Sampedro Sáez para cubrir la vacante de Académico de número producida por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. Manuel Halcón Villalón-Daoiz”.

No fue, sin embargo, la única candidatura que se presentó. Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza firmaron la candidatura de Francisco Umbral. Celebrada la correspondiente votación el 1 de febrero de 1990, Sampedro resultó elegido. El domingo, como es preceptivo, 2 de junio de 1991, con el director, Manuel Alvar, presidiendo, la Real Academia Española se reunió en sesión pública y solemne para recibir al nuevo académico, quien tituló su discurso de ingreso *Desde la frontera*, un tema muy de él. Contestó en nombre de la Corporación, don Gregorio Salvador, felizmente todavía entre nosotros.

Académico leal y respetuoso, formó parte de la Comisión de Ciencias Humanas desde 1992 y desempeñó el cargo de tesorero, aunque por un breve periodo de tiempo, en 1993.

Esperanza

José Luis Sampedro recibió muchos honores durante su larga vida. Ni yo puedo enumerarlos aquí, ni, estoy seguro, a él le hubiese agradado semejante dispendio de tiempo. Simplemente, a modo de ejemplo, mencionaré algunos cuyo recuerdo, tal vez, le hubiera incomodado menos: el Premio “Pro Derechos Humanos” de la Asociación de Derechos Humanos (1995), la Medalla de Oro de Aranjuez (1996), la Medalla al mérito al Trabajo (2005), el Premio a la Tolerancia de la Fundación Rodolfo Benito Samaniego 11-M (2006), la Medalla de Honor de la Universidad Complutense de Madrid (2008) y el Premio Nacional de las Letras de España (2011).

No debo olvidar tampoco que en 1977 el rey Juan Carlos I lo nombró senador en las primeras Cortes democráticas. Fue una sabia decisión.

Falleció el 8 de abril de 2013. Sus compañeros en esta corporación que hoy, con dolor y orgullo, le recuerda, todavía añoramos su presencia, su figura, alto y enjuto como don Quijote.

Fue un hombre inteligente, compasivo y comprometido, un hombre de honor. De ahí, el manifiesto cariño que recibió de la sociedad española, que reconoció en él a alguien que deseaba estar a su lado, compartir sus problemas y alentarlos en la búsqueda de soluciones o, por lo menos, en la ilusión de la esperanza.

Quiero terminar esta apresurada y torpe necrológica utilizando, de nuevo, algo que él escribió:

“Yo escribo para contar la historia de mi esperanza, de cómo la descubrí entre los hombres del río y cómo la hice piedra clave para mi vida. Quiero ofrecerla a los asfixiados por tanto aire prefabricado; a los que oyen avanzar el roer de las termitas mientras los conservadores del edificio aplican ridículos parches de yeso; a los que no se dejan comprar por el automóvil o la gran cruz ni satisfacer por los espectáculos para mayores que siguen siendo menores y los editoriales de la buena prensa. Envío mi esperanza a quienes creen que el pan es más verdad que el *cocktail-party*, y que la navaja está más viva que el expediente; a quienes, en fin, no confunden la pálida savia de los podridos invernaderos con la sangre roja y caliente de la vida”.

José Manuel Sánchez Ron

Argamasilla, 26 de marzo de 2015